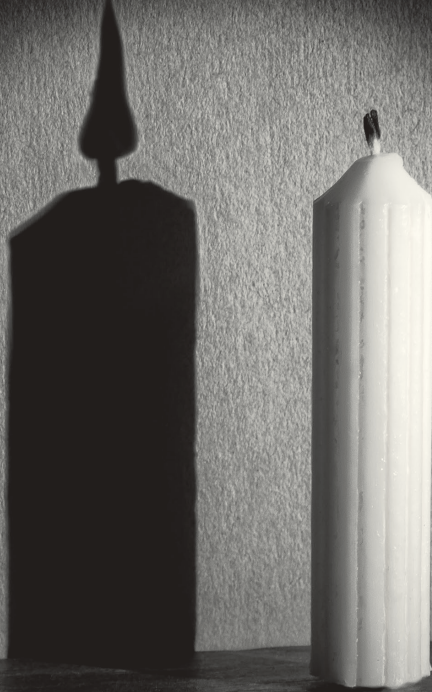


Gregorio  
Luri

«¿Para qué necesitamos a Sócrates, si somos posmodernos, vivimos inmersos en una revolución tecnológica que promete cambiar el mundo de arriba abajo; si lo nuevo ha sustituido a lo bueno en el orden de nuestros valores?»



# ¿MATAR a SÓCRATES?

EL FILÓSOFO QUE DESAFÍA A LA CIUDAD

*Ariel*  
FILOSOFÍA

# ¿MATAR a SÓCRATES?

EL FILÓSOFO QUE DESAFÍA  
A LA CIUDAD

Gregorio Luri

*Ariel*  
FILOSOFÍA

1.ª edición: junio de 2015

© 2015: Gregorio Luri

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-2230-8  
Depósito legal: B. 10.758 - 2015

Impreso en España por Reinbook

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

# Índice

INTRODUCCIÓN: ¿Para qué Sócrates?.....	9
I. Sócrates, una primera imagen.....	35
II. Camino al Pórtico: Del <i>Teeteto</i> al <i>Eutifrón</i> .....	65
III. Ante el magistrado real: El <i>Sofista</i> y el <i>Político</i> .....	93
IV. La <i>Apología</i> .....	127
V. El <i>Critón</i> .....	185
VI. El <i>Fedón</i> .....	209
VII. Cronología.....	293

## Un filósofo enigmático y un enigma filosófico

Sócrates nació en Atenas en un año que no sabía que estaba destinado a ser el 469 antes de Cristo. Vivió la instauración, el apogeo y el declive de la democracia radical de Pericles y del imperialismo marítimo que permitía sufragarla. Padeció los desgarros de los enfrentamientos civiles. Siguió con desazón la inquietante carrera política de algunos de los más prometedores jóvenes atenienses a los que había sido incapaz de educar, y en los últimos años de su vida asistió sucesivamente a la instauración democrática (votada por la asamblea) de la tiranía y a la restauración de la democracia y se vio a sí mismo en el centro de todas las suspicacias de quienes intentaban comprender qué es lo que había pasado para que la ciudad que la diosa Atenea prefirió a ninguna otra acabase humillada ante el resto de Grecia. No tuvo nunca conciencia de vivir en «el siglo de Pericles»; ni tuvo noticia de «la noble simplicidad y serena grandeza» que entrevió Winckelmann por las ruinas de Grecia; ni tan siquiera parece que creyera en aquel «milagro griego» en el que creyó Renan (el mismo Renan que en su *Vida de Jesús* niega la existencia de milagros).

Conoció una Atenas de 335.000 habitantes cuya expansión parecería no tener límites, pero cuando murió su número se había reducido dramáticamente en más de cien mil personas a causa de las continuas guerras y la peste que asoló la ciudad en el 429. A pesar de todo, los atenienses se sintieron —antes y después de la derrota— portadores de un ideal que no podía serles arrebatado. Atenas siguió siendo una ciudad orgullosa de sí misma. A su puerto, el Pireo, llegaban productos de las estepas escitas, del imperio persa, de Egipto, Cartago, Iberia... Con razón Pericles llegó a decir que los productos autóctonos no eran para los atenienses más familiares que los exóticos. Con los productos llegaban también extranjeros con relatos de mitos

remotos. Los griegos descubrieron pronto que los etíopes veían a sus dioses chatos y negros y los tracios, rubios y de ojos azules. El ágora de Atenas era el lugar de encuentro de lo propio y lo ajeno y, por lo tanto, de la sabiduría propia y la ajena. Eran frecuentes las visitas de sabios de toda Grecia que necesitaban mostrar su saber en una ciudad que había erigido una estatua a la mismísima diosa Persuasión.

Del Sócrates histórico sabemos pocas cosas y las que creemos saber han sido interpretadas de mil maneras distintas. Todos han encontrado en él lo que querían encontrar, especialmente una imagen de sí mismos. Su madre, la comadrona Fenarete, se casó en primeras nupcias con Queredemo, con quien tuvo un hijo llamado Patrocles. Tras enviudar, se volvió a casar con el escultor Sofronisco. De esta unión nació Sócrates, que en el *Teeteto* aseguró que compartía con su madre el oficio de partero. La tradición, para compensar la influencia de los dos progenitores, no quiso dejar relegado a Sofronisco y lo hizo escultor. De esta manera, al elevarlo a la condición de modelador de figuras humanas, equilibró la influencia de ambos en el futuro filosófico del hijo.

Parece que Sofronisco y Fenarete pertenecían a lo que hoy llamaríamos «clase media». Si es así, al morir, habrían legado algunos bienes a su hijo. No tantos como para que éste pudiera vivir con holgura, pero probablemente suficientes para vivir modestamente sin tener que trabajar.

Cuando andaba por la cincuentena, se casó —quizá en segundas nupcias— con la joven Jantipa, con cuya dote incrementó su patrimonio. Tuvo tres hijos. En el momento de su muerte, el mayor, Sofronisco, era un adolescente y al más pequeño, Lamprocles, aún lo llevaba Jantipa en brazos. El mediano se llamaba Menexeno. Ninguno de los tres brilló por su inteligencia, lo cual permitió a Aristóteles reflexionar sobre la difícil transmisión de las virtudes intelectuales de padres a hijos, recordando, quizá, los comentarios del propio Sócrates sobre la mediocridad de los hijos de Pericles. La tradición nos ha presentado a Jantipa como una mujer malcarada y desabrida con la que vivir era

un sinvivir, pero habría que preguntarle a ella si era fácil convivir con un hombre que se pasaba los días fuera de casa, defendiendo la importancia de la virtud (*aretê*), del autocontrol (*enkrateia*) y del cuidado de sí (*epimeleia*), ganándose de esta manera abundantes fidelidades tanto en la amistad como en la enemistad. Entre las muchas tradiciones occidentales que nacen con Sócrates, se encuentra, y no en último lugar, la misoginia filosófica.

Sócrates defendió a su patria con notable valentía en las batallas de Potidea (432-430), Delio (424) y Anfípolis (422). ¿Hay que añadir que no fue ni pacifista ni antimilitarista? Ejerció los cargos públicos que le correspondieron por sorteo de acuerdo con las normas de la democracia ateniense, mostrándose inflexible con el cumplimiento de sus obligaciones cívicas. No fue un activista de la democracia periclea, pero no rehusó sus responsabilidades políticas. No creyó en el sueño democrático de la identificación de gobernantes y gobernados, y por propia experiencia descubrió que un gobernante que respete escrupulosamente la ley puede ver puesta en cuestión su legitimidad por una asamblea democrática, porque las formas del poder efectivo están muy lejos de corresponderse con las formas del derecho.

Era de pequeña estatura. Quienes lo conocieron resaltaron en el Sócrates maduro sus ojos de toro, su nariz respingona, su calvicie y su vientre prominente. Numerosas anécdotas coinciden también en recordarnos su fealdad. Acostumbraba a ir descalzo y a vestir con la misma ropa durante todo el año, hiciera frío o calor. Platón, en el *Banquete*, considera digno de ser recordado el día del año 416 en que se lavó los pies para asistir a la fiesta de su amigo, Agatón, que había ganado el primer premio en un certamen de tragedias.

Jenofonte ironiza sobre su figura en una obra que conviene leer en paralelo con el *Banquete* de Platón y que lleva este mismo título. Asegura que solía bailar un rato cada día a primera hora de la mañana con la intención de rebajar su vientre. O sea, que Sócrates hacía fitness. Sobre

sus facciones nos transmite este diálogo que mantuvo con Critóbulo:

—¿Sabes por qué necesitamos ojos, Critóbulo?

—¡Es evidente que para ver!

—Entonces mis ojos serían más bellos que los tuyos.

—¿Por qué?

—Porque los tuyos sólo ven lo que tienen delante, pero los míos, al estar tan salidos, también ven lo que tienen a los lados.

—En cuanto a la nariz, ¿cuál es más hermosa, la tuya o la mía?

—Evidentemente, la mía, si es cierto que los dioses nos la han dado para oler. Tu nariz mira para la tierra, mientras que la mía está abierta para captar lo que le llega de todos los lados.

—Pero ¿cómo puede ser una nariz tan chata más hermosa que una recta?

—Porque no estorba a los ojos a la hora de mirar todo lo que quieren; mientras que una nariz recta levanta arrogantemente un muro entre ellos.

Jenofonte, que sentía un gran aprecio por Sócrates, está parodiando su aspecto físico utilizando un término habitual de su vocabulario filosófico, el de utilidad. Sócrates defendió insistentemente que nada puede ser bello si no es útil. De ahí deduce Jenofonte, forzando la lógica para provocar la broma, que si los ojos y la nariz de Sócrates son útiles, han de ser bellos, aunque se opongan radicalmente al ideal griego tradicional de la *kalokagathia* (la unión armoniosa de un alma bella y un cuerpo bello). Efectivamente, los amigos de Sócrates encontraban en él la unión paradójica de un alma fascinante y un cuerpo abandonado por las Gracias. Hay, pues, cierta lógica en el hecho de que fuera él el primero en interrogarse por la relación entre el cuidado del alma y el del cuerpo.

Han pasado dos mil quinientos años y seguimos viajando a Atenas, aunque ya no está muy claro qué es, exac-



tamente, lo que buscamos... más allá de la inevitable foto en una Acrópolis repleta de turistas. A veces sólo parece que viajamos para confirmar la imagen idealizada que nos hemos creado de esta ciudad en la lejanía y para sustentar el mito de algo vago pero noble que aún podríamos llegar a ser. Este mito comenzó a tomar cuerpo en Alejandría, se desarrolló en Roma y fue reelaborado a partir del siglo XVIII en Londres, Berlín y París. En pocos años, comenzaron a circular por Europa dibujos realizados al natural de los restos de Atenas, Delfos, Olimpia, Micenas... que parecían mostrar el silencio forzado de unas piedras que estaban esperando a que alguien quisiera escucharlas para volver a hablar. En su resistencia a desmoronarse por completo, las antiguas ruinas parecían afirmar su presencia histórica ante los siglos que dieron forma al mito del progreso. Era inevitable que los primeros viajeros a Atenas se afanaran por hallar en el lecho reseco del Iliso algún resto de la Atenas de Sócrates. Hubo, incluso, quien creyó captar un reflejo violeta y rosa del Himeto en los muros de la cárcel en la que Sócrates bebió la cicuta. Una cárcel, por cierto, que aún no estamos seguros de haber localizado.

La historia de nuestros viajes a Atenas es la historia de la metamorfosis del mito de Atenas, uno de cuyos componentes centrales es Sócrates.

Sócrates fue un personaje tan singular que ha habido eruditos, como Dupréel o Gigon, que no han dudado en afirmar que nunca existió. Es una ocurrencia divertida, pero poco seria. Nuestro principal problema filosófico no es saber si existió, sino cómo hay que comprenderlo. Hay algo en él que nos recuerda al gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*. Es irónico, pero mantiene afiladas sus uñas por si necesita ir más allá de la ironía. Si le preguntamos por el camino que debemos tomar para comprenderlo, nos contesta que eso depende del lugar al que queramos llegar, aunque siempre llegaremos a algún lugar si caminamos lo suficiente por los diálogos de Platón. Aristoxeno, un filósofo peripatético del siglo IV que

estaba bien situado para informarse con rigor de Sócrates, nos habla un poco de sus uñas. Tenía —dice— unos prontos terribles en los que mostraba una naturaleza colérica. En estas ocasiones, dominado por la pasión, era capaz de cualquier impertinencia. El lector cuidadoso de Platón no tardará en descubrir, junto a la tan reputada ironía socrática, abundantes manifestaciones de estricta mala leche. La ironía socrática no sería socrática si le quitamos el veneno a su aguijón dialéctico.

Sobre la singularidad atópica de Sócrates, el nazismo, sin pretenderlo, nos ofrece una lección interesante. Ningún otro movimiento político ha hecho más esfuerzos para afiliar retrospectivamente a Platón. Los intelectuales nazis lo convirtieron en un teórico eugenista que, por supuesto, tenía sangre nórdica. Pero con Sócrates nunca supieron qué hacer. Se les escabullía. Encontraban en él una resistencia, una rebeldía que no se dejaba encasillar en los moldes del nacionalsocialismo. El rechazo del Tercer Reich a Sócrates casi no conoce excepciones y para ponerlo de manifiesto de forma contundente, lo declararon de «raza oriental», alógeno a la raza griega que sería, por supuesto, una raza aria. Alfred Rosenberg lanzó contra él la peor injuria que se le ocurrió, la de ser un socialdemócrata internacionalista. No le faltó más que ponerle la estrella de judío. A su juicio, Sócrates sería culpable de haber propuesto una nueva concepción de la humanidad, esto es, una nueva clasificación de los hombres que ignoraba su raza y resaltaba una hipotética virtud no racial. Sócrates, en definitiva, sería culpable de trascender a su pueblo para acabar degradado en un vulgar humanista que propugnaba una justicia que no fuese ni ateniense ni griega, sino que, precisamente por ser racional, fuese ante todo humana. Sócrates habría sido el primer cosmopolita.

Sócrates no se nos entrega sin un esfuerzo de lectura lenta.

Esto es lo primero que debemos constatar: el filósofo que está en el origen de la filosofía occidental debe ser interpretado con cuidado. Resulta así que si Sócrates es

uno de los padres de nuestro pensamiento, no lo es tanto por lo que nos ha dicho como por lo que nos obliga a pensar sobre sus palabras y sus hechos. En el origen de la cultura filosófica europea encontramos un único mandamiento: atrévete a pensar. Ésta es, a mi parecer, la quintaesencia del socratismo. Por eso es el primero de nuestros filósofos.

En los textos socráticos se cumple el *de te fabula narratur*. En última instancia, es de nosotros de quien hablan.